



Obituario

Por ROMÁN ÁLVAREZ

Hombre de sueños y de libros

Germán Sánchez Ruipérez fue una de esas personas afortunadas de las que puede decirse que ejerció de profeta en su tierra. No hay más que remitirse a los muchos galardones, distinciones y homenajes que le fueron tributados por las instituciones locales, provinciales y regionales, además de los reconocimientos de rango nacional de que fue objeto en atención a sus múltiples méritos.

A otro nivel distinto, y muy entrañable para él, se adscribe la máxima distinción con la que la Universidad de Salamanca le honró y se honró al otorgarle el Doctorado Honoris Causa. Este título académico fue el más gratificante para él, como reconoció en su emocionado discurso ante el público que le arropó ese solemne día de finales de mayo de 2010 en el Paraninfo. Allí se cumplió el sueño más anhelado: "del que nunca quisiera despertar", dijo de un hombre que desde su adolescencia quiso ser alumno de nuestro Estudio, pero al que las obligaciones y responsabilidades familiares se lo impidieron.

Es verdad que durante un tiempo, en los años ochenta, fue presidente del Consejo Social, pero el cargo, con ser muy honroso, no llegó a colmarle el vacío de aquellas ensoñaciones infantiles, cuando se imaginaba paseando por los claustros en amena charla con sabios maestros, saboreando el placentero deleite de tantos saberes como las bibliotecas atesoraban. Puede que ahí se encuentre la explicación a una buena parte de su trayectoria futura.

En efecto, el mundo de los libros latió desde siempre al unísono con el corazón de Germán Sánchez Ruipérez y se hizo carne en el negocio familiar que tuvo que atender, aunque para ello hubiera de sacrificar los acariciados estudios de Medicina. El esfuerzo suyo y el de su familia cristalizó en una empresa emblemática y por tantos años consustancial a Salamanca. En la Librería Cervantes no sólo se vendían y se venden libros, sino que también se hacían y se hacen amigos.

Y Germán, aunque distanciando al cabo del tiempo de este primer negocio familiar, fue forjando al amor de los libros amistades perdurables en el mundo académico salmantino. Mencionaré a uno de esos profesores ilustres a quien quiso tanto que instituyó un premio que lleva su nombre: el catedrático y decano de mi Facultad Fernando Lázaro Carreter. El galardón, cuya última entrega tuvo lugar hace escasos meses, fue creado para reconocer la labor de quienes, desde distintos ámbitos, han trabajado por la cultura y el

arte en sus distintas manifestaciones. En esta nómina están, por ejemplo, Mario Vargas Llosa, Víctor García de la Concha y, en su postrera edición, Nuria Espert.

Germán Sánchez Ruipérez hizo del mundo del libro el principal objetivo de su vida. En consecuencia, se impuso a sí mismo la misión de extender el gusto por la lectura, el aprecio por la letra impresa, el valor de la literatura y la difusión de los saberes en su sentido más amplio. Como empresario forjador de un gran conglomerado editorial tuvo sus días de gloria y sin duda sus momentos amargos. Las convulsiones del mercado internacional también afectaron al poderoso Grupo Anaya y a su vertiente salmantina.

Pero en Salamanca surgiría el proyecto más querido por su creador: la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, donde tantos miles de niños han aprendido a familiarizarse con los libros, donde el cúmulo de actividades en torno a la literatura infantil y no sólo en torno a este tipo han llevado a este centro al más elevado grado de excelencia en su campo.

Desde el busto próximo, hoy con flores en sentido homenaje a quien fuera el fundador, Germán observa imperturbable el inabarcable ir y venir de pequeños lectores que descubren asombrados la magia de la lectura, el hábito misterioso y el hechizo de los libros, porque con el paso del tiempo uno se da cuenta de que el acto de leer se asemeja a la resurrección de Lázaro: la lectura levanta la losa de las palabras y desvela los arcanos de ese magma incandescente que es la ignorancia. Ayer, sin ir más lejos, decía un articulista en *ABC* que "la inteligencia se nutre de la lectura".

En Peñaranda se prolonga la labor de Germán Sánchez Ruipérez. Allí se han venido forjando otras contundentes muestras de un mecenazgo que no ha querido dejar de lado el entorno en el que vio la luz por vez primera. Y en Madrid está a punto de abrirse el gran templo de la lectura: la Casa del Lector.

A esta obra gigantesca dedicó Germán los últimos esfuerzos de su vida, y hasta puede que estuviera dándole vueltas a algún fleco de tan ambicioso proyecto cuando la muerte cercenó sus planes. La obra de Sánchez Ruipérez seguirá, porque se cuidó de formar a su lado a un plantel de entusiastas que continuarán los caminos trazados por aquel muchacho que a principios de los años cuarenta quiso ser médico, pero acabó soñando con los libros. Y en este caso, el sueño se hizo realidad. ■

*Decano Facultad de Filología